

BLOC DE NOTAS



La máscara brutal

Hermans cuenta en *La casa intacta* el horror de la guerra a través de un impostor que refuta el papel de la resistencia

LUIS M. ALONSO

En la edición española de *La casa intacta*, una breve y brutal novela de Willem Frederik Hermans (Amsterdam, 1921- Utrecht, 1995), el lector recibe 60 golpes, al menos uno por página. Es una de esas historias –bendita traducción española de Gatopardo– que perdura: un relato sobre la locura y la risa macabra de la guerra que incluye la bancarrota moral de sus protagonistas.

Cuando su batallón se desvía hacia una ciudad balneario, un soldado vencido y harapiento se encuentra solo en una casa grande y lujosa, que aparece como un respiro a su alrededor: la vana ilusión de que la guerra es simplemente un espejismo. El soldado, que es a la vez el narrador, se hace pasar por el propietario de la finca y proyecta sobre él su propia imagen. No es tan fácil salir de la propia cabeza y meterse en la de otra persona, aunque sí usurpar el papel del prójimo para seguir siendo uno mismo. Se ha visto en la espléndida película de Robert Schwentke, *El capitán* (2017), en

la que un soldado desertor del ejército alemán halla el uniforme abandonado de un oficial nazi y transfigurándose toma el mando de un campamento donde están reclusos otros prófugos. A partir de ese momento empieza a transformarse usando la autoridad que le proporciona su nueva identidad.

Agua caliente, por fin. El impostor okupa se baña, duerme y despierta para darse de bruces con los nazis tocando el timbre en busca de hospedaje. El encuentro es tenso. Convince a los soldados alemanes de que la propiedad es suya y se presta a convivir con ellos, desesperado por ocultar su verdadera identidad y reacio a escapar del torbellino de la guerra. Si a partir de ese momento alguien pretende encontrar en el protagonista un atisbo de esperanza o de heroicidad frente al enemigo se equivoca. No lo va a conseguir. El narrador resulta un ser tan poco simpático como sus falsos huéspedes y el horror se desencadena alrededor de ellos.

La casa intacta vio por primera vez la luz en 1951, cuando el discurso imperante en Holanda era el de la heroica resistencia antinazi. Leyéndola ahora no cuesta imaginarse el choque que debió suponer en aquel momento para los lectores la victoria del caos y de la bajeza frente a la altura ética que las epopeyas destinaban a los resistentes. A Hermans, que vivió la guerra y la ocupación apenas habiendo salido de la adolescencia, le interesaban más las desviaciones sádicas de la condición humana que el discurso oficial. Jamás se creyó las paparruchas sobre la unidad de los holandeses para combatir a los nazis. No todos fueron leales patriotas, por el contrario hubo colaboracionistas y aprovechados, como él mismo se encargaría de demostrar en el desenmascaramiento en los años setenta del economista Friedrich Weinreb, que se había lucrado vendiendo a sus correligionarios judíos falsas rutas para evadirse durante la Segunda Guerra Mundial.

En el mundo salvaje y comprimido por la guerra de Hermans cualquiera puede disfrazarse pero resulta imposible salir de su propia enajenación mental para convertirse en otro. La empatía no existe en las situaciones límite. La casa que aparece al principio como una especie de oasis a salvo de la escabechina exterior es, al final, un pozo de inmundicia y violencia. Nada se mantiene a salvo, como escribe Cees Nooteboom en el epílogo, del “clímax pandemónico de locura, asesinato y destrucción”. En la misión sagrada del versátil escritor holandés –Hermans publicó ensayos, estudios científicos, poesía, cuentos y novelas– siempre estuvo fustigar las conciencias de los lectores con la verdad, que no coincidía con la versión interesada o paniaguada de los hechos con la que el establishment pretendía contentar a la sociedad. Se dedicó a combatir ese relato oficial, en el caso de la guerra utilizando las imágenes de la ocupación que habían quedado grabadas en su memoria juvenil.

TINTA FRESCA

Montaña oculta

Llobregat escala hasta la cumbre del “thriller” entre misterios y crímenes

TINO PERTIERRA

No hay luz bajo la nieve empezó con una vieja fotografía. Imaginemos a su autor, Jordi Llobregat, con ella en las manos: “La imagen de un grupo de seminaristas de principios de siglo XX que miraban la cámara con expresiones sorprendentes me fascinó. Estaba alojado en un antiguo seminario justo antes de tomar la carretera para ir a pasar unas semanas en los Pirineos. No pude quitarme la imagen de la cabeza mientras me internaba en las montañas. No sabía muy bien qué, pero sabía que ahí había una historia. Entretejiendo tramas Al volver de las vacaciones empecé a diseñar una trama. Sabía que quería que fuera contemporánea con una fuerte referencia al pasado, por ese motivo empecé a desarrollar un juego de historias paralelas que entretejían el pasado y el presente”.

La trama principal se desarrolla en nuestra época, “pero se relaciona con un terrible drama humano ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial. Al documentarme sobre los Pirineos descubrí la huida de los judíos a través de la montaña entre 1939 y 1944. Se trata de un suceso histórico que, de algún modo, ha quedado más en la sombra entre tantos acontecimientos relevantes de la Segunda Guerra Mundial, quizás porque se trata de una historia de víctimas y tiene cierto paralelismo con la incómoda actualidad”.

Desde el principio quiso que “la montaña y todo lo que la rodea fuera un personaje más que interactuase con el resto de los personajes y por ello, resulta, en algunos momentos, determinante en la trama”. Además de la montaña, “el resto de los espacios donde transcurren las tramas son muy importantes para mí. En ese sentido, en cuanto descubrí las colonias industriales, y visité alguna, supe que quería utilizarla como escenario principal. Las colonias industriales es un fenómeno de enorme interés que se da, sobre todo, en las cuencas de los ríos Ter y Llobregat desde finales del siglo XIX hasta más allá de la mitad del XX. Se trata de un complejo de edificaciones que integra una gran fábrica, las viviendas de los trabajadores y todo aquello que pudieran necesitar: comercios, escuela, banco o iglesia... , haciéndoles autosuficientes y, al mismo tiempo, aislándoles del exterior, con todo lo que ello significa. Durante años, fue un modelo ideal para el capital y la explotación laboral. Es, por supuesto, un espacio de gran interés literario”.

Del mismo modo, descubrió “la existencia de la Línea P. La estructura de defensa construida en los Pirineos. En uno de mis viajes a la montaña visité alguno de esos búnkeres (hay más de seis mil) o, al menos, lo intenté, ya que la naturaleza los ha camuflado hasta hacerlos casi invisibles. Luego indagué por mi cuenta hasta encontrar documentos que hablaban del proyecto. Franco temió una invasión aliada y mandó construir una barrera defensiva similar a la Línea Maginot pero, en versión pobre. No se llegó a usar nunca y se abandonó”. Quería construir “una pareja de investigadores muy singular, por eso creé a la subinspectora Álex Serra y al teniente francés Jean Cassel. Sin embargo, la verdadera protagonista es Serra tanto por sus habilidades como, sobre todo, por sus problemas personales y conflictos internos. Sus ataques de pánico, una dolencia invisible y poco conocida que sufren un número cada vez mayor de personas, suponen un condicionante que la llevan al límite al tener su origen en lo que le ocurrió en el pasado y que ahora vuelve a enfrentar”.



No hay luz bajo la nieve

Jordi Llobregat

Destino

552 páginas, 20,50 euros



La casa intacta

Willem Frederik Hermans

Traducción de Catalina Ginard

Gatopardo, 2019, 80 páginas, 12,90 euros